

## Por orden del Rey: Prohíbese a Dios hacer milagros en este lugar

La frase se las trae. No es de Voltaire, aunque lo parezca. Y, de serlo, fuera digna de él. No se la cita nunca, ni entre tantas y tantas irreverentes, sin gracia –asi que imperdonables por Dios–, ni entre las pocas irreverentes con gracia, que Dios debe ser el primero en celebrar. No se la cita, ni se la cuenta en privado o en público, de escrito o de palabra. Parece que el primero y único que la citó, ¡quién lo dijera!, fue el venerable Kant, y a la venerable edad de 77 años. Y tanto debió regocijarle, y tan importante la creyó, que nos la dejó copiada en uno de aquellos rollos o *convoluta* de su *Opus posthumum*, tan cuidadosamente editados por la Academia de Berlín, tan poco leídos por los pocos estudiosos de Kant, y, claro está, leído el *Opus posthumum* para finalidades filosóficas, ésta y otras sentencias de humor, gracia, desenvoltura y malicia del viejo Kant, creen un deber pasarlas en silencio los kantianos beatos.

Kant no se la atribuye a si mismo; pónela a cuenta de un tal Phesipeau. Y aquí la diligencia sin par de los editores del *Opus posthumum* para identificar de quién se trata. Pudiera ser un A. De Phéliepeaux, rival de Napoleón, o J.F. Phélypeaux literato y amigo de Montesquieu, o P. Phélypeaux, secretario de María de Médicis y editor de sus memorias. A más no llega el sabuesismo de la Academia berlinense. Pero ahí está la cita hecha por Kant. ¿Cómo llegó a su conocimiento? Lo cierto es que la sentencia la insertó Kant entre una referencia a Zaratustra y otra dedicada a la filosofía trascendental: «La filosofía trascendental

no puede darnos ayuda alguna para la hipótesis de la existencia de Dios» (*Op. post.*, vol. 1, p. 4).

No podemos suponer que Kant colocara de intento esa frase de Phesipeau dentro de un contexto de cuestiones porque, al escribir esta parte de sus notas, viera ser el lugar adecuado –aunque, supongamos, la conociera de tiempo atrás. Si entre párrafos de filosofía trascendental intercala Kant notas sobre el estado de su estómago, problemas domésticos de criado y bodega, vinos conocidos y vinos a catar por nuevos.... la presencia de la cita de Phesipeau entre dos párrafos de filosofía pudiera ser casual filosóficamente, pero humanamente justificada en el hombre de carne y hueso que fue, hasta de viejo, Kant. Sea de ello lo que fuere, coincidencia o plan, la frase de Phesipeau y la sentencia de Kant sobre la filosofía trascendental se complementan como gracia y verdad: la gracia de esa verdad filosófica, y la verdad filosófica de esa gracia. No siempre la verdad es graciosa y habla (logos) con donaire; suele ser, a manos y en lengua de tantos y tantos, pelmacería y mosconeo; no siempre, tampoco, toda gracia encierra un granito de verdad; y menos aún suele darse la buena ventura de que al tema más serio de la filosofía trascendental, y de toda filosofía con lastre medieval: el de Dios, les salga a la cara, y les vengan a su logos o lengua la gracia, el donaire y malicia de

*Por orden del Rey:*

*Prohibese a Dios hacer milagros en este lugar.*

¿Cómo y por qué esta frase es la gracia, donaire y malicia de esotras, adustas, y sosas: la filosofía trascendental ni siquiera nos da indicios para la hipótesis de la existencia de Dios?

Muchas órdenes, desorbitadas y ridículas –aparte de las muchísimas injustas e inhumanas–, han dado, proclamado e impuesto los reyes que en el mundo han sido. Inclusive, cuando se han metido con Dios y su Iglesia o sus Iglesias, los reyes llevaron el asunto sin gracia, ni donaire ni eficacia. Algunas Repúblicas lo hicieron con eficacia y soltura. Alguna, hasta con gracia y buenos modales.

El único rey capaz de haber dado la orden con la palabra de Phesipeau, con su gracia, y aun haberla hecho cumplir, fue Federico II, rey de Sicilia. Y se la hubiese podido dar de palabra a Tomás de Aquino, quien, dado el caso de entenderla, no se hubiera atrevido ni siquiera a ponerla como ejemplo de blasfemia –cuando de este pecado teologal trató en la *Suma*.

Kant no fue ni beato ni beatificable. Entendió de gracia, donaire y sal, además de filosofía. Y si a ratos parece, y aun es, pelmazo –y, por serlo, ha podido producir tantos y tantos pelmazos– en otros ratos sátele la gracia al rostro, y el donaire al aire de la palabra.

La filosofía trascendental, en efecto –y salió el pelmazo: dos en uno. Kant y yo–, es precisa y justamente el lugar privilegiado de la conciencia trascendental, dotado de categorías, servido de formas a priori de la sensibilidad y de esquemas trascendentales de la imaginación que hacen realmente imposible el que Dios haga milagros en él. Todo lo que puede acontecer en tal dominio son fenómenos de la experiencia; las categorías son coto cerrado; espacio y tiempo, conclusos en sí. Aquí la posibilidad toma, respecto de Dios, la forma de imposibilidad.

*Por constitución de la conciencia trascendental:*

*Es imposible que Dios haga milagros en este lugar.*

La conciencia ordinaria, empírica, inmediata –sea dicho sin gracia ni donaire–, es lugar en que Dios puede hacer aún milagros; y, entre ellos, el vulgar de que podamos, o creamos poder, demostrar su existencia. Pero no es gran alabanza para Dios el que pueda aparecerse real y externamente en semejante terreno: ordinario, inmediato, empírico, y presentarse cual Primer Motor de este universo, tal cual lo ve la insignificancia de nuestros ordinarios ojos, y lo sienten moverse nuestros pies y manos. Que algo se mueve; que algo surge y desaparece; que una cosa causa otra, y estotra a otra; que por algo o para algo será lo que sucede: que no nos descuidemos, pues algo más es aún posible que no es real: son cosas y acontecimientos de diario, overoles y vulgaridades comunes a todo y a todos, por la vulgaridad y cotidianidad del mundo en que nos hallamos naciendo, viviendo y siendo, y muriendo al menor descuido. Que Dios haga milagros en tal mundo es como colgar exvotos en capillita de barrio o de aldea –cosa para beatos, y beatas sobre todo.

Por decoro hacia Dios hay que prohibirle que haga milagros en tales lugares. Claro que los reyes no han cuidado gran cosa de guardarle a Dios los debidos respetos y comienzan por creerse reyes por la gracia de Dios, o caudillo por la gracia de Dios...; y, lo que es peor, otros los confirman en esa creencia y los ungen solemnemente.

Por decoro y honra de Dios no es posible que los milagros que se dice hace Dios, o haber hecho Dios, sean milagros. Y algo de este respeto a la honra de Dios presentan tantas y tantas hazañas de la guerra civil española, en la parte leal a la legítima República.

La filosofía moderna es mucho más honda y sinceramente respetuosa con Dios que tantas y tantas teologías y filosofías esclavas de teologías y filósofos servilones de ellas. Recuerdo haber leído la frase de un obispo protestante quien decía: no puedo aguantar dos cosas: primero, a los tontos; segundo, a los que tratan a Dios como si fuera miembro de su familia. Tal vez a Dios le dé por practicar la sentencia del obispo protestante, y no aguante ya ni a tontos ni a familiares. Pero sea de esto lo que fuere, prefiero decir con Kant: en la *conciencia trascendental*, en el yo puesto a ser yo, no hay lugar para milagros, y menos para el milagro ontológico de demostrar que Dios existe. Eso no lo permite la conciencia; porque eso es la conciencia, eso es ser yo. Tan verdad es esto que Dios, de existir, se ha retirado de ella; y, de yo, sólo sé yo; y yo, sólo soy yo. De Dios tendría que demostrar que existe; mientras que «yo existo» es inmediata, evidente, palpable realidad. De mi vale «Pienso yo, luego existo yo». Mas no vale «Pienso yo, luego existe Dios».

Pero ya estoy cayendo en pelmaceria filosófica, y Kant me avisa delicadamente, con un poco de socarronería, y aun me da la forma a la vez verdadera y graciosa de decirlo:

*Por orden del Rey:*

*Prohibese a Dios hacer milagros en este lugar.*

(Y por amor a lo más querido, veamos de buscar quien proclame:

*De parte y por orden de...*

*Prohibido meter a Dios en fregados políticos y en barridos económicos.*

Y al pie de la proclama: Que Dios no hace, ni puede hacer ni permitimos que haga milagros en esos lugares. *Son terrenos del pueblo.*)

Por decoro y honra de Dios no es posible que los milagros que se dice hace Dios, o haber hecho Dios, sean milagros. Y algo de este respeto a la honra de Dios presentan tantas y tantas hazañas de la guerra civil española, en la parte leal a la legítima República.

La filosofía moderna es mucho más honda y sinceramente respetuosa con Dios que tantas y tantas teologías y filosofías esclavas de teologías y filósofos servilones de ellas. Recuerdo haber leído la frase de un obispo protestante quien decía: no puedo aguantar dos cosas: primero, a los tontos; segundo, a los que tratan a Dios como si fuera miembro de su familia. Tal vez a Dios le dé por practicar la sentencia del obispo protestante, y no aguante ya ni a tontos ni a familiares. Pero sea de esto lo que fuere, prefiero decir con Kant: en la *conciencia trascendental*, en el yo puesto a ser yo, no hay lugar para milagros, y menos para el milagro ontológico de demostrar que Dios existe. Eso no lo permite la conciencia; porque eso es la conciencia, eso es ser yo. Tan verdad es esto que Dios, de existir, se ha retirado de ella; y, de yo, sólo sé yo; y yo, sólo soy yo. De Dios tendría que demostrar que existe; mientras que «yo existo» es inmediata, evidente, palpable realidad. De mí vale «Pienso yo, luego existo yo». Mas no vale «Pienso yo, luego existe Dios».

Pero ya estoy cayendo en pelmacería filosófica, y Kant me avisa delicadamente, con un poco de socarronería, y aun me da la forma a la vez verdadera y graciosa de decirlo:

*Por orden del Rey:*

*Prohibese a Dios hacer milagros en este lugar.*

(Y por amor a lo más querido, veamos de buscar quien proclame:

*De parte y por orden de...*

*Prohibido meter a Dios en fregados políticos y en barridos económicos.*

Y al pie de la proclama: Que Dios no hace, ni puede hacer ni permitimos que haga milagros en esos lugares. *Son terrenos del pueblo.*)